

CINCO HORAS CON MIGUEL DELIBES



Javier Goñi

CINCO HORAS
CON MIGUEL DELIBES

fórcola
Singladuras

Singladuras

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Fórcola

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

Miguel Delibes, óleo sobre lienzo. Damián Flores, 2019

© Javier Goñi, 2020

© Fórcola Ediciones, 2020

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-141-2020

ISBN: 978-84-17425-56-2

Imprime: Sclay Print, S. A.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

ÍNDICE

DEDICATORIA COMPARTIDA (1985 Y 2020)	7
PRÓLOGO: Delibes, <i>El Norte de Castilla</i> y yo (2020)	9
NOTA PRESCINDIBLE (1985)	25
Cinco horas con Miguel Delibes	27
Primera hora: Los inicios. El territorio de la infancia	29
Segunda hora: Con la escopeta al hombro por los caminos de Castilla	75
Tercera hora: Miguel Delibes, periodista	105
Cuarta hora: Burgués, liberal, progresista y provinciano	127
Quinta hora: Un ecologista en un mundo que agoniza	143
EPÍLOGO: A la espera de la hoja roja (1985)	167
Nuevo epílogo, ya sin papel de liar (2020)	171
BIBLIOGRAFÍA DE MIGUEL DELIBES	197
ÍNDICE ONOMÁSTICO	203

DEDICATORIA COMPARTIDA
(1985 Y 2020)

«—Hace quince años escribiste que no estabas muy seguro de que la Humanidad pudiera ver amanecer el año 2000.

—Desgraciadamente sigo pensando que, tal como está la situación, esto es posible, ¿por qué no?»

MIGUEL DELIBES, 1985

*A Paloma, que en el 2001
cumplirá 21 años. Suerte (1985)*

*A Mateo, que nació en el 2001
y ya ha entrado en la Universidad.
Suerte (2020)*

A comienzos de los años setenta, algunos estudiantes *progres* frecuentábamos en Madrid los cines de Arte y Ensayo —hay palabras como algunas de los libros de Delibes que se van quedando vacías de significado, que exigen una nota a pie de página a modo de explicación—, éramos muy seguidores de las películas *progres* del suizo Alain Tanner, sobre todo de *La salamandra* (1971) con la inquietante y bellísima —canon de la época— Bulle Ogier y, desde luego, *Jonás que cumplirá 25*

años en el año 2000 (1976). Quién soy yo para suponer que Fernando Trueba, tan cinéfilo, pusiera de nombre, muchos años después, Jonás a su hijo, el muy espabilado e interesante joven director de cine, por aquella película. Yo sí pensé, parafraseándole, en el título de Tanner cuando le dediqué este libro, en su primera versión, a mi hija Paloma. En 2001 nació mi hijo Mateo, y no sé cómo sería Delibes, tan pesimista entonces con el cambio de siglo, ahora, casi veinte años después, cuando estamos como estamos y entramos –estamos entrando– en el centenario de su nacimiento. Sea como sea, ésta es una dedicatoria compartida entre Paloma (1980), Mateo (2001) y, claro está, Miguel Delibes (1920-2010).

PRÓLOGO
Delibes, *El Norte de Castilla* y yo
(2020)

Si uno quisiera empezar, y lo voy a hacer, hablando de sí mismo, tendría que decir que uno ha vivido, ha repartido su vida en tres ciudades con cuatro grandes periódicos, que le han sido muy próximos, primero como lector y luego como periodista, cuando tocó: hasta 1965, en Zaragoza, con ese diario-sábana que era, entonces, *Heraldo de Aragón*; hasta 1972, en Valladolid, con *El Norte de Castilla*, el periódico de Delibes; y desde entonces, y aquí sigo, en Madrid, con primero *Informaciones* y, después, *El País* (ha habido otros, pero no están en este párrafo). En los cuatro diarios he tenido la suerte profesional de haber escrito, pero como diría Francisco Umbral en recordada ocasión, aquí hemos venido a hablar de mi libro. Y del libro hablaré, pero yendo y viniendo, me temo: es mi estilo –si lo tuviera–, o mi manera de enredarme entre las ramas, o entre las zarzas.

Aquel libro, este que vuelve a salir ahora, en una nueva oportunidad, recoge las conversaciones que mantuve con Miguel Delibes en su casa de Valladolid, en enero de 1985, en cinco horas más o menos estirables, de reloj daliniano o cosa así, una

cada tarde, de lunes a viernes, y que publiqué en el otoño de ese mismo año en una pequeña editorial, Anjana Ediciones, ya desaparecida. En una colección, «De Palabra», donde un grupo de escritores y periodistas las recogía, esas palabras, de boca de Juan Gil-Albert, Fernando Savater, Juan García Hortelano, Fernando Fernán Gómez, Rosa Chacel, Francisco Umbral, Gabriel Celaya, Fernando Sánchez Dragó, y el propio Delibes, por supuesto. Y no sé si se me escapa algún otro.

Se buscó en aquella colección «De Palabra» que los títulos fueran, en algunos casos y en la medida de lo posible, un guiño al lector, y el mío obviamente hacía referencia a uno de sus textos más conocidos, *Cinco horas con Mario*. Quiere el editor de Fórcola, Javier Jiménez, que mantenga el mismo título que tuvo entonces, en 1985, en su primera salida; y que esta segunda salida, ahora, a comienzos de 2020, a las puertas de la conmemoración del centenario de su nacimiento, conserve el mismo tono que tenía entonces y le añada otras palabras más, las mías, las que conservo de mi relación con él, de mis lecturas posteriores o de mis entrevistas o artículos publicados. Delibes nos dejó en 2010 y sus posibles palabras añadidas –otras, las nuevas– se las llevó el viento.

Miguel Delibes fue el primer escritor que conocí, alguien al que te lo podías encontrar en su ciudad, Valladolid, que fue durante unos años también la mía; podías coincidir con él en la librería Lara, que era la mejor, y que estaba ligada

con *El Norte de Castilla*, o en una exposición, o en la Semana de Cine o en el teatro de la Feria de Muestras donde se presentaban obras de teatro independiente, y también en aquel cine, cuyo nombre ahora no recuerdo, bajo los soportales de la Plaza Mayor y Fuente Dorada, donde estrenaban películas de Arte y Ensayo, como se llamaban entonces.

Con él sólo hablé entonces una vez: el periódico había convocado un premio periodístico, el Francisco de Cossío, y yo, joven aprendiz, me presenté con un artículo ingenuo y juvenil sobre el compromiso del intelectual en Latinoamérica, cómo el escritor tenía que utilizar –en aquellos tiempos de dictaduras y guerrillas– la máquina de escribir como si fuera una metralleta (con ruido, pero sin munición, me permito añadir ahora). Una cosa muy ingenua y confusa que había escrito a partir de un texto de Cortázar que había leído en la revista *Triunfo*.

El día que se fallaba el premio, me acerqué a *El Norte*, para ver si me podía enterar de algo y, entrando por la calle Duque de la Victoria, vi bajar por la escalera que venía de la redacción al mismo Delibes y con la audacia de los diecisiete años, que se tiene a esa edad, le saludé y le pregunté por el fallo. Evidentemente no había ganado yo, pero le dije que me había presentado y él me animó a seguir escribiendo, a no desanimarme; en fin, esas cosas que se dicen. Fue mi primer y único contacto con él. Entonces.